

Hasta que te odié

Ricardo Álvarez Gutiérrez



# Capítulo 1

## **Introducción: Hasta que te odié**

Nunca pensé que podría odiar tanto a alguien por quien daría mi vida. Pero sí, te odio.

Estabas allí. No te ibas. No hacías nada. Tenías los ojos llenos de lágrimas, aunque ¿cómo iba a creer que me querías si me acababas de dejar?

Sí, me querías. Por más que quisiera pensar lo contrario para encontrarle un sentido a lo que estaba pasando, sabía que me amabas. ¡Pero no reaccionabas! Te dije de todo y te llamé de todo. En tu rostro vi que lo único que te dolía era separarte de mí.

Tuve que escapar. Me derrumbaba. Y no estabas para salvarme. No esta vez. Quería salvarte yo, tomarte de la mano y huir del mundo. Sin embargo, en tu dolor percibí que nunca más me tomarías de la mano. Y no entendía nada. Me sentí impotente. Me sentí impotente y corrí.

En cuanto giré la esquina tuve que detenerme. No tenía fuerzas. El llanto me ahogaba. Me apoyé en la pared y traté de tomar aire, pero el sollozo me obligaba a respirar a espasmos.

Como pude, llegué a casa y me tumbé en la cama. Solo quería llorar. No sabía por qué te alejabas de mí. ¿Qué había hecho mal? Repasaba los días anteriores una y otra vez, aunque sabía que yo no era el problema. ¿Te dio miedo que nos quisiéramos? ¿Te aterra ser feliz?

Me habías enseñado a amarte para dejarme. Te odio.

## **Capítulo 1. Insufrible**

Nuestra historia comenzó el segundo día del segundo curso en la facultad de periodismo. Estaba sentada contigo y con Silvia. Tú y ella habíais terminado ese verano, aunque nunca me explicó demasiado sobre el

tema; pero, en fin, a mí lo que me preocupaba era que no se deshiciera el grupo. Cuando hay una ruptura, lo normal es que uno de los dos se sienta incómodo y se aleje. A mí me daba pena que os pudiera pasar eso. Yo apoyaría a Silvia en todo, claro. Es mi mejor amiga de siempre. Mi hermana. A ella no la iba a perder, pero temía que tú te alejaras.

—¿Te has alisado el pelo? —le pregunté a Silvia. Siempre me ha encantado su pelo afro, el cual le caía con un volumen espectacular sobre sus hombros; pero sabía que solía alisarlo solo cuando se sentía mal. De hecho, hasta que te conoció, siempre había llevado el pelo liso y nunca se había atrevido a vestirse con colores claros o vistosos que contrastaran demasiado con su piel marrón oscura, casi negra.

—Sí, me apetecía —contestó a la vez que se encogía de hombros y asentía con semblante melancólico. Supongo que tenerte al lado sin estar juntos se le hacía raro.

—¡Joder, qué bueno está! —exclamé en cuanto entró Piero. Era la primera vez que lo veía.

—Sí, ya lo vi ayer —explicó Silvia—. ¡Está tremendo! Debe estar de Erasmus. Creo que es italiano.

—Mmm, interesante.

—Buf, vaya prepotente —mascullaste sin apenas levantar la vista. Recuerdo que estabas dibujando un manga de los tuyos con un boli azul en una hoja de cuadros.

—Dices eso porque te molesta lo bueno que está —te repliqué.

—Anda, Sara, qué sé yo de eso.

—Los tíos siempre decís lo mismo. Y, sin embargo, ¿sabes qué? Claro que lo sabéis. —Me miraste con esa suficiencia tan insultante que te sale a veces—. Los jueves solíamos ir Jon y yo a cenar algo a El Rincón de Marc antes de ir al cine. Uno de esos jueves entró Antoine...

—¿Antoine? —preguntaste con cara de asco—. ¿Antoine sale los jueves?  
—No quería reírme por un comentario hiriente, aunque no pude evitarlo. Alzaste la vista y me miraste—. Es más, ¿Antoine sale?

—No seas cruel, Tristán —intervino Silvia—. Es un buen tío.

—Sí, sí, no digo lo contrario, pero raro... es raro de cojones.

—Bueno, la cosa es que me levanté a hablar con él. Jon se quedó mirando

el partido en el móvil tan tranquilo.

—Ya, ¿y? —dijiste, lacónico.

—¡Déjame acabar, agonías! —contesté un poco molesta ya—. Pues pedimos otra cerveza y unos nachos.

—Muy relevante para la historia, sí.

—Vaya borde que estás hoy, ¿no? No te cuento más.

—¡Perdón! Sigue, por favor. Me muero por saber si echasteis queso o guacamole.

—¡Imbécil! —me levanté y me senté tres mesas más adelante.

Vi que Piero miraba a un lado y a otro, desorientado. El resto de la gente entraba y se sentaba, con lo que apenas quedaban sitios. Vio el asiento que yo tenía al lado y se acercó. Traté de no mirarlo, pero aquellos ojos negros me traspasaron. Aparté la vista, aunque sentía que estaba a mi lado y me puse a temblar como una colegiala.

—¿Io posso...? —señaló hacia el asiento libre. ¡Lo que faltaba! Con ese acento tan italiano terminé por derretirme.

—Sí, siéntate —le ayudé a finalizar la frase.

Lo miré mientras se sentaba. Era alto y de tez morena, con los pómulos muy marcados y labios carnosos. Un Adonis, vamos. Me pareció un poco hortera el pelo engominado hacia atrás. "Muy italiano", pensé. Lo demás, ummm. Se quitó la cazadora de cuero. Llevaba un suéter ajustado negro de cuello cisne que le marcaba los pectorales y dejaba entrever unos brazos fuertes y bien definidos. Inconscientemente, me mordí el labio inferior. Miré hacia atrás para llamar la atención de Silvia. Me miró y le señalé a Piero. Ella asintió repetidamente. Tú levantaste la vista y miraste de reojo a Silvia con desaprobación.

Ese fue el inicio de mi relación con Piero, pero también creo que ahí empezó a contarse nuestra historia. Te conocía de antes, claro. Eras el novio de mi mejor amiga. Tardamos en coincidir. Yo le insistía a Silvia que teníamos que quedar para conocerte, aunque Silvia siempre me daba largas. Después, empecé a salir con Jon, que era un buen amigo tuyo, y ya no tuvisteis escapatoria.

Cuando te conocí, me pareció que eras un hombre con un gran magnetismo. Ya iba predispuesta a que me cayeras bien, todo hay que decirlo. En cierta medida, ya te había tomado algo de cariño por cómo hablaba Silvia de ti. Siempre comentaba que la apoyabas de tal forma que

sentía cómo había crecido su autoestima desde que estaba contigo. Sin embargo, estuve a punto de cambiar mi opinión cuando te conocí.

Jon y yo estábamos llegando a la puerta del restaurante donde habíamos quedado con vosotros cuando os vimos a lo lejos mientras os posabais del coche.

—Aquí hay opciones veganas, ¿no? —le pregunté a Jon—. Silvia me insistió con eso.

—Sí, tranquila, algo habrá.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Joder, Jon, te lo pedí a ti porque eres su amigo y sabes mejor qué sitios le pueden gustar.

—Tranquila. A Tristán le vale cualquier cosa.

—Eso espero. Ya le he comentado a Silvia que espero que Tristán me explique algo sobre el veganismo, porque yo no tengo ni idea. Apenas si te encuentras algunos artículos partidistas que los muestra como una moda snob.

Entonces miré hacia vosotros. Te vi venir y me pareció que Silvia no mentía: eras muy atractivo. No serías lo que suele salir en las películas como el típico tío bueno. No eras demasiado alto, ni fuerte, pero tenías unos rasgos llamativos y un rollo que te hacía diferente. Traías unos tejanos desgastados y rotos por algunas partes, unas bambas blancas y una cazadora navy con capucha que caía con desenfado desde los hombros hasta un poco por debajo de la cintura. Tu pelo castaño claro estaba desordenado. Unos pelos te caían hacia delante, otros hacia la derecha y otros se quedaban en su sitio. Me gustó el rollo que tenía tu look. Es el tipo de estilo que solo pueden llevar las personas muy seguras de sí mismas. Cuando te acercaste y nos iban a presentar, me llamaron la atención tus ojos. Eran de color miel, y no desatacarían si no fuera por tu mirada vibrante e intensa.

—Esta es Sara —nos presentó Silvia a la puerta del restaurante.

—¡Hola! —saludé con mucha euforia—. Tenía muchas ganas de conocerte —añadí.

—Ya —respondiste muy seco—. Yo también.

—Silvia me ha hablado tanto de ti que me parece que ya nos conocemos.  
—Te di dos besos, pero tú apenas pusiste las mejillas.

—¡Qué pasa, tío! —te saludó Jon dándote un fuerte manotazo en la

espalda.

Te noté distante conmigo, aunque pensé que eran imaginaciones mías. No te conocía y no sabía qué carácter tenías, así que no le di mayor importancia. Entramos al restaurante, nos sentamos y nos trajeron la carta. Estaba inquieta. Nunca me había parado a conocer con detalle qué significa exactamente ser vegano, ni qué se puede comer exactamente y qué no. Ojeaba la carta y, de vez en cuando, te miraba de reojo. Pasabas páginas y páginas mientras torcías el gesto.

—No hay mucho donde elegir, no —mascullaste.

—Puedes pedir las setas si les dices que no te echen langostinos —señaló Silvia en la carta.

Al rato, llegó el camarero a tomar la comanda.

—¿Ya saben? —preguntó.

—Yo quería el salteado de boletus, pero sin langostinos, por favor.

—Lo siento, señor. No se pueden modificar los platos respecto a la carta. De todas formas, los langostinos vienen con el cuerpo completo, pelados y sin cabeza, por lo que se pueden apartar sin problema.

—Ya. El problema es que soy alérgico. —El camarero lo miró y levantó ligeramente las cejas sin decir nada—. Voy a pagar lo mismo. ¿No puede suprimir los langostinos?

—No, señor. Lo siento, pero la casa no permite alterar las recetas de los platos.

—Supongo que tampoco podrán suprimir el jamón de la tosta con tomate.  
—Negó con la cabeza. Yo no sabía dónde meterme.

—Pues nada. Tráigame una ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—¿Y de plato principal? —preguntó.

—Nada. Solo eso. —Cerraste la carta con rabia. El camarero te miro con desprecio.

Mientras el resto pedíamos, tú sacaste el móvil y estuviste un rato con él. Yo me sentía mal. Le había dicho a Jon que buscara un sitio. Pensaba que reservaría en algún restaurante al que ya hubierais ido. Tendría que haberme ocupado yo. Hubiera buscado restaurantes veganos o, al menos, con bastantes opciones veganas; y me hubiera preocupado por cotejar opiniones para estar segura de que fuera un sitio en el que te sintieras

cómodo.

—Siento que no haya muchas opciones —me disculpé cuando se fue el camarero. No era culpa mía, pero me sentía mal—. Tiene que ser complicado.

—No, tranquila —creí que estabas cambiando el tono conmigo y me sentí aliviada. Solo me hizo falta un segundo para comprobar que estabas siendo sarcástico—. Ya estoy acostumbrado a ser el raro en todas las reuniones, a que mis padres se rían de mí en cada comida, a no tener elección en los restaurantes, a que me miren como un bicho raro —hablabas muy deprisa, cada vez más alterado—. Pero tranquila, todo esto es una pose, un esnobismo que sigo porque está de moda.

—Oye, oye —no salía de mi asombro. No concebía que alguien a quien acababa de conocer me tratara así—. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

—Tristán, tío, córtate —intervino Jon, muy serio.

Tú posaste los cubiertos, te levantaste de mala manera y te dirigiste a la barra. Jon fue detrás de ti. Silvia me miró, avergonzada.

—Lo siento, Sara —te disculpó Silvia. Yo crucé los brazos y guardé silencio—. Hoy ha tenido un mal día en casa —contó Silvia al notar que estaba enfadada—. Tiene una situación muy jodida.

—¿Y tengo que pagar yo los platos rotos? —recriminé.

—Ya lo sé. No sé qué le ha pasado ahora para que saltara así. No puedo contarte nada, pero es muy serio lo que tiene en casa. —Noté que Silvia decía la verdad y que estaba afectada por la situación, así que, en cierta manera, asumí que tenía que hacer la vista gorda por mi amiga.

—Vale, vamos a ver si podemos pasar una buena noche.

Le di la mano a Silvia haciéndole ver que pondría de mi parte para salir de aquella situación embarazosa. Después de unos minutos, llegaste con Jon y os sentasteis.

—Sara, quiero pedirte perdón. —No sentí que la disculpa fuera sincera del todo, pero la di por buena. Te noté afectado, aunque estaba claro que no era por haberme hablado de aquella forma.

—No pasa nada. ¿Un poco de vino?

—No, gracias. —Cogiste la botella de agua y te serviste.

—Sara también escribe —intervino Jon con timidez, intentando sacar un tema que nos interesara a todos.

—Ya —contestaste bastante seco. Noté cómo Silvia te dio una patadita y te miró recriminando tu actitud—. Sí, ya me contó Silvia —continuaste cambiando un poco el tono, aunque menos de lo que tú pensabas. Seguías sonando borde.

—¡Es una pasada cómo escribe! Me encanta —exclamó Jon.

—Bueno, Jon, tú qué vas a decir —intentaste bromear. El tono seguía siendo seco, aunque noté que te esforzaste por cambiarlo. Por Silvia, claro. Y algo por Jon. A mí ya me tenías un asco...

—No, en serio. Yo no leo tanto como vosotros, pero pocas veces he leído cosas como las que escribe Sara. —Se acercó y me dio un beso de admiración en la mejilla.

—¡Qué tonto eres! No me avergüences —le dije.

—¿Qué escribes?

—Bueno, de todo un poco —arqueaste las cejas, supongo que porque suponías que era la típica respuesta de alguien que no escribe demasiado y dice que escribe por hacerse el interesante—. Sobre todo, novelas. —Noté tu mueca de sorpresa.

—Yo no tengo la constancia para escribir novelas —respondiste. Lo tomé como el primer... ¿halago?... (voy a ser generosa y decir halago) que dirigiste hacia mí—. ¿Algún género en concreto?

—Me gusta mucho la novela negra. He escrito tres de ese género. Y una romántica. —Abriste los ojos con asombro.

—¿Cuatro novelas ya?

— Cuando no está estudiando, está escribiendo. A veces descansa y solo lee —bromeó Jon. Todos reímos.

—Nosotros somos más de cosas que se acaban en el día. O en un par como mucho. Ella, con sus cuadros —tomaste a Silvia de la mano con cariño— y yo con mis poemas.

Sirvieron los platos. Tú sacaste un táper pequeñito que contenía avellanas

y nueces; lo volcaste en la ensalada. Te miré con curiosidad.

—Tengo que ser previsor si no quiero morir de hambre —explicaste con sorna.

—Toma —dijo Silvia, quien estaba apartando la guarnición de patatas cocidas y verduritas salteadas que acompañaban a su plato de salmón.

—Muchas gracias, cariño. —Me pareció muy tierno cómo te ofreció su comida y cómo tú se lo agradeciste dándole un beso con delicadeza en la boca.

Después de aquello, la cena fue bastante amena. Se notaba que no te agradaba estar conmigo, pero sabías que era la mejor amiga de Silvia, así que estabas haciendo el esfuerzo de ser más cordial y amable conmigo.

Al salir del restaurante, fuimos a El Rincón de Marc. Yo estaba cortada. Cuando estoy a gusto me gusta bailar y divertirme, ya lo sabes. Pero aquel día parecía que me habían puesto cemento en los pies y colgado un collar de monolitos, porque era incapaz de moverme.

Tú, sin embargo, estabas en tu salsa. Di por hecho que alguien tan alternativo tendría problemas para relacionarse, que serías introvertido y un tanto antisocial. Pero no. En cuanto llegamos, te paraste con un grupo de chicos que parecían la antítesis de ti, tan tíos ellos, alardeando a voces de cuánto habían bebido, saltando unos encima de otros.

—¿Qué os pedimos? —os preguntó Silvia a ti y a Jon en cuanto entramos. Había muchísima gente. Iba a costar un triunfo llegar hasta la barra.

—¡Cerveza! —gritó Jon para que Silvia lo oyera. Por la tarde era una cervecería tranquila, con música rock a un volumen moderado. Incluso servían hamburguesas, alitas y alguna cosa por el estilo. Sin embargo, a esas horas se convertía en un pub con la música más actual a todo volumen.

—¿Tú, cariño? ¿Una Ranses?

—Sí —contestaste levantando el pulgar mientras te movías ligeramente al ritmo de la música—. ¡Ey, Javi! —te acercaste a otro grupo de chicos y te agarraste por el hombro a uno de ellos, con el que comenzaste a hablar. Reconocí a alguno de los que estaban en ese grupo. Era la pandilla de Jon. Y la tuya, claro. Jon también se unió al grupo.

Tardamos un buen rato en volver con las consumiciones en la mano. Seguiais cerca de la entrada hablando con vuestros amigos. En esa zona había un poco menos de gente, así que nos quedamos allí. Nos colocamos junto a una columna para poder posar las bebidas en la repisa metálica

que la rodeaba. Posamos también las chaquetas como pudimos.

—¿Qué cerveza es esa? —te pregunté. Nunca había visto esa marca y, además, quería entablar conversación contigo.

—¿Eh? —gritaste acercándote.

—La cerveza. Que no la conozco. ¿Está buena? —chillé para que me oyeras.

—Es la única apta para veganos que tienen, así que sí, no me queda otra que creer que está rica.

—¿Hay cerveza que no sea vegana? —me sorprendí. Me di cuenta de que no sabía nada de ese tema. Pensé en investigar un poco cuando llegara a casa.

—Casi ninguna lo es.

—Pero... no lo entiendo. Si la cerveza está hecha con cebada y lúpulo. ¿Por qué no es vegana?

—Puf, otro día. Me da pereza hablar de eso aquí —señalaste hacia tu alrededor y señalaste tu oído.

Entendí que no era el mejor momento para hablar de eso. Aunque tengo que decir que no hiciste ningún esfuerzo por charlar conmigo. La música tan alta no ayudaba. Me arrepentí de haber propuesto ir allí porque no tenía la confianza para ser yo y divertirme, y tampoco podíamos charlar para conocernos.

Te acercaste a Silvia simulando bailar, alzando la cerveza al ritmo del reguetón. La tomaste por la cintura y la llevaste hacia ti para comenzar a bailar. Sonreí al ver a mi amiga tan feliz. No solía estarlo.

Jon me agarró e intentó bailar conmigo. Yo le sonreí y le di un beso, pero no me moví. Estaba agarrotada. Él intentaba divertirme. Me cogía los brazos y me los movía para intentar bailar conmigo. Yo le respondía únicamente con media sonrisa forzada.

—¿Te pasa algo? —protestó.

—Nada. Estoy cansada.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Yo me voy a ir, pero tú quédate. Están ahí todos tus amigos —le dije

señalando a su pandilla.

—No, no. De ninguna manera. Tomamos algo tú y yo en Sabino, que me apetece estar un rato a solas contigo. —Asentí mientras bebía un trago de cerveza—. Voy al aseo y después nos vamos.

Cuando miré hacia el grupo de amigos de Jon, vi a alguien que bromeaba con otro chico. Me pareció muy interesante. Tenía una sonrisa muy pícaro, cautivadora. De repente se giró y clavó la mirada en mí y me dio un respingó. ¡Eras tú! No me había dado cuenta de que habías ido hasta el grupo mientras yo hablaba con Jon. Rápidamente, borré todos esos pensamientos de mi cabeza y miré hacia Silvia. Ella te estaba mirando con devoción. Silvia se dio cuenta de que la observaba, así que me devolvió la mirada y me sonrió. Yo estaba encantada de que Silvia hubiera encontrado a alguien con quien estuviera a gusto, a alguien que la valorara tanto y la hiciera sentir tan importante, a alguien que apreciara lo bella persona que era.

Tú te diste cuenta de que Silvia te observaba y te volviste hacia ella. Le lanzaste un beso y pusiste tu sonrisa cautivadora. Silvia empezó a tirar de una cuerda imaginaria para que fueras hacia ella. Tú empezaste a caminar haciendo el tonto, simulando exageradamente que desfilabas como un modelo en la pasarela, aunque te costaba avanzar por la cantidad de gente que había. A los pocos pasos te cruzaste con Melania. Tú saludaste con media sonrisa e intentaste avanzar, pero se cruzó en tu camino. Estaba coqueteando descaradamente.

—¡Mírala! —despotricó Silvia—. ¡Sin pudor, ahí en medio! ¡Y sabe que está saliendo conmigo! —Yo asentía.

—¿Os conocéis?

—Sí, sí. Ella es una tía que me cae genial, pero sé que está colgada por él. Y mírale, él ahí quieto, feliz de que le coqueteen.

—No, mujer. Él ha saludado y está intentando librarse de ella.

—Ya, ya. Míralo qué contento.

—No te hagas mala sangre. Él está actuando bien. Sin ser borde, se está deshaciendo de ella. No vuelques tus inseguridades en ella.

—No sé, puede ser. Pero ver que le coquetean sin pudor delante de mí me pone enferma. Además, mírala. Está muy buena, joder. Me dan ganas a mí de enrollarme con ella.

Nos reímos con la broma de Silvia, aunque se le borró la sonrisa enseguida. Se le heló la sangre cuando vio que Melania se aproximaba

más a ti. Somos chicas. Conocemos esas armas. Se arrimó tanto a ti que estaba rozando sus pechos contra tu brazo. Tú, inmediatamente, al notar el contacto, levantaste el brazo. Aprovechaste el gesto para extender la palma de la mano despidiéndote de ella, a la vez que cerrabas los labios con fuerza, en un gesto que yo interpreté como: "venga, estoy tratando de no ser borde, pero ya: déjame pasar". Llegaste hasta donde estábamos nosotras. Intentaste tomar a Silvia por la cintura tal como lo habías hecho antes, pero ella te apartó y dio un paso atrás.

—¿Qué te ocurre?

—Vete con Melania, que lo estabas pasando muy bien.

—¿Qué dices?

—Ya te hemos visto coquetear con ella. —Silvia me miró para convertirme en su cómplice. Yo no me moví. No quería entrometerme. Además, entendía que Silvia se pusiera celosa, pero sabía que no tenía ninguna razón en echarte alguna culpa a ti.

—Ha sido ella quien se ha acercado —dijiste señalando hacia atrás, donde estaba Melania—. Yo no he hecho nada.

—Ya. No has hecho nada. Solo has dejado hacer.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Darle un empujón?

—No sé. Tú sabrás.

—Estoy flipando. ¿Tú lo has visto, no? —me preguntaste a mí directamente. Quedé sorprendida. No me esperaba que me metieras en eso—. ¿He hecho algo yo?

No podía decirte que tenías razón. Hubiera sido lo honesto, pero a veces la amistad es esto: no ser honesto ni con uno mismo para apoyar a la otra persona. Y tal como te habías comportado conmigo durante toda la noche no te merecías que me involucrara para dar la cara por ti. Tampoco podía mentir, eso sí. Me quedé callada, quieta, sin parpadear para que nadie sospechara qué estaba pensando.

—Alucino.

Agarraste tu cazadora del montón que teníamos en la repisa junto a las cervezas y tiraste de ella con fuerza. Encima de la tuya, estaba mi cazadora y la chaqueta de Silvia, que cayeron al suelo. Ni las miraste. Yo sabía que la había cagado. Silvia sabía que la había cagado. Saliste

rápidamente del local. Incluso algunos amigos te saludaban de la que pasabas, pero no te detuviste con nadie. No miraste a nadie.

## Capítulo 2

### Lujuria

\*\*\*\*\*

Me subió una sensación muy agradable que me inundó el pecho. Amor, creo que lo llaman.

\*\*\*\*\*

En cuanto te fuiste, Silvia se desmoronó. Se puso a llorar mientras agachaba la cabeza. Sabía que la había cagado. Me acerqué a ella y la abracé.

—¡Cómo soy tan idiota! —sollozó.

—Ay —reprendí con cariño—. No te puedes dejar llevar por tus inseguridades.

—Ya lo sé. ¡Soy imbécil! —exclamó.

—Bueno, mujer. No te martirices. Todos nos dejamos llevar por los celos alguna vez.

—Ahora estará enfadado conmigo. ¿Y si me deja?

—No digas bobadas, anda.

—Ha visto lo tóxica que puedo llegar ser y dirá: "no, ni de coña estoy con esta chiflada".

—Verás cómo no es nada. Es normal que ahora se haya molestado, pero se le pasará pronto.

—¿Ves? Hasta tú, que eres mi amiga, sabes que él tiene razón. Imagínate lo que pensará él.

—Pues que eres un amor con un saco de inseguridades. Eso pensará. Porque es insufrible, pero inteligente también —Silvia sonrió—. Vamos para aquella esquina, que estaremos más tranquilas. —Señalé hacia un hueco que estaba a la derecha de la entrada. —Jon, tráenos unos golpes

de tequila, porfa.

Durante toda mi conversación con Silvia, Jon se mantuvo a un par de metros; lo suficientemente lejos para darnos cierta privacidad, pero lo suficientemente cerca para recordarnos que estaba allí para lo que necesitáramos.

—Es un amor —dijo Silvia.

—Sí. Es muy bueno. —Ella me miró con ternura—. ¡Y el culo que tiene!  
—exclamé señalando a Jon mientras se acercaba a la barra. Silvia soltó una carcajada.

—Si, está muy bueno.

—¡Me tiene loca!

—Y ¿qué tal...? Ya sabes...

—Aún no lo sé.

—¿Qué dices?

—Si no te he contado nada aún es porque todavía no hay mucho que contar. Llevamos un par de semanas.

—Por eso. ¡Cuánto quieres esperar! ¿Hasta la boda o qué?

—Bueno, no sé, hasta que surja el momento indicado.

—El momento indicado es ¡YA!

—Aunque no lo creas, estoy nerviosa —arqueó las cejas y torció la cabeza, interrogante—. Sabes que solo he estado con Ramón. Y Jon tiene mucha experiencia.

—Lo que me faltaba por oír. Tú, la tía más inteligente, razonable y guapa que conozco, con inseguridades. ¿Entonces? ¿Las demás qué hacemos?

—No exageres, anda.

—¿Exagerar? Si fueras un personaje de tus novelas, serías una Mary Sue insufrible, tan perfecta que parecerías inverosímil.

—¡Ahí vamos, chicas! —gritó Jon, quien volvió con una bandeja en la que se tambaleaban nueve chupitos de tequila, limón y sal.

—¡Este es mi hombre! —piropeé a la vez que le estrujaba la cara y le estampaba un beso en los labios.

—¡Estrenas los golpes, Silvia! —ordenó Jon.

—No estoy acostumbrada a beber. Ya verás...

—¡Menos excusas! —Jon posó la bandeja en el suelo y le echó sal a Silvia entre el dedo pulgar y el índice de su mano izquierda. Le dio una rodaja de limón y un chupito de tequila.

—¡Vamos, chupa la sal! —animé. Contrajo la cara al tragarlo. Torció más aún el rostro cuando bebió el tequila.

—¡Eh, el limón! —ordenó Jon al notar que Silvia iba a escupir el tequila. Mordió la rodaja que le había dado Jon y cerró los ojos con fuerza a la vez que agitó la cabeza por la acidez.

—¡Bien! —grité mientras aplaudía—. Ahora yo, ahora yo. —Jon me preparó el golpe de tequila. —¡aagg! ¡Dios! ¡Qué puto asco más bueno! —le di un buen morreo a Jon.

—Me toca. —Jon se preparó la bebida y lo tomó, sin casi inmutarse; ligero "ag" al terminar. —Otro, otro.

—Yo no quiero más —respondió Silvia con cara de asco.

—Sí, mujer, verás cómo te viene bien.

—No, de verdad. —se disculpó—. Si sigo bebiendo me voy a poner tonta —sollozó—. Me voy a acordar de Tristán y le voy a enviar mensajes estúpidos.

—No, no —le dije. Comenzó a llorar así que fui hacia ella y la abracé—. No está permitido ponerse triste. —Me giré hacia Jon—. Yo sí quiero —le susurré.

—He sido muy tonta. ¿Y si lo pierdo por ser tan idiota?

—Verás cómo no —sorbí la sal de la mano de Jon, bebí el chupito y mordí con fuerza el limón—. Demostraría tener muy pocas luces si te deja escapar por una tontería así.

—Hablares, mujer. —intervino Jon—. Está coladito por ti.

—¿Sí? ¿Te ha hablado de mí?

—¡No deja de hablar de ti! Me ha dicho que no ha querido a nadie como a ti en su vida. Está enamorado hasta las trancas. No solo enamorado: te admira. Dice que tienes un talento enorme y una creatividad desbordante —Silvia lloraba, esta vez de emoción.— Habla de ti como se habla de alguien a quien idolatras.

—¡Joder! Cuando lo vea, me lo como —se emocionó y me miró—. ¿Ves? Nadie había hablado de mí así nunca. La miré entrecerrando los ojos y torciendo la boca—. Bueno, tú —dijo riéndose entre las lágrimas—, pero tú no cuentas: eres mi hermana. —Me estrujó con fuerza—. Y ahora igual le pierdo por esta bobada. Necesito verle. Voy a mandarle un mensaje.

—No, espera un poco —aconsejé—. Primero piensa bien lo que le vas a decir.

—Que le quiero —dijo llorando— y que soy idiota.

—¡Tristán, oe! ¡Tristáaan, oee! —se oía al grupo de amigos de Tristán y Jon corear a gritos desde la barra. Nos miramos con asombro. No entendíamos nada. ¿Tristán estaba allí?— ¡Tristán, oeeee! ¡Tristán, oeoeoe!

—Voy a ver qué pasa —dijo Jon.

Silvia y yo estábamos abrazadas y expectantes. Al poco vi que te acercabas. Nos soltamos y me aparté un poco, pero en cuanto te vio se puso a llorar, así que la agarré fuerte de la mano. Fuiste hasta ella y la abrazaste.

—No quiero que estemos enfadados —le dijiste.

Me alejé un poco más para no estorbar. Estuvisteis abrazados un rato, hablando. Después, recogiste sus cosas. Entre tanto, Silvia vino a abrazarme.

—Gracias por aguantar mis tonterías —me dijo con cariño.

—Ya te dije que vendría. No iba a ser tan tonto de perder una joya como tú.

—Muchas gracias, Jon. ¡Eres un tío genial! Los dos tenéis suerte de haberos encontrado.

—Seguro que es la primera de muchas cenas juntos los cuatro. —Miré atónita a Jon. "Bendita inocencia", pensé. No se había enterado de mucho, no.

Apenas hiciste un ligero movimiento de cabeza hacia Jon como despedida, al mismo tiempo que Silvia me lanzaba besos. Tú, creo, intuías que estaba allí. Ni me saludaste al entrar ni te despediste al salir. "Ay, Jon, no creo que haya más cenas, no", pensé.

Cuando os fuisteis empecé a divertirme. Mis músculos dejaron de estar agarrotados y comencé a bailar con Jon. ¡Qué guapo estaba! Llevaba una camiseta granate de manga corta que dejaba entrever el tatuaje de un brazalete con motivos tribales que le remarcaba su bíceps bien definido. Me miró con esos ojos verdes penetrantes que me volvían loca.

—¡Qué guapo eres, "jodío"! —le solté, tras lo que le di un beso fuerte en los labios.

Él me tomó de la cintura y me acercó. Bailamos muy pegados, deteniéndonos cada poco para besarnos. En una de las canciones, me giró y me apoyó de espaldas contra él. Noté lo excitado que estaba. No pude evitar mordirme los labios y cerrar un instante los ojos. Yo estaba acalorada, y notar cómo estaba él me había encendido aún más. Ese era el día.

Me giré y pasé la lengua por su cuello. Vi que se le erizaba el vello del brazo, así que fue subiendo hasta que le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—Vamos —le susurré al oído—. Quiero estar a solas contigo.

Fuimos hasta el coche. Dentro, nos besamos. Me empezó a acariciar los pechos. No podía dejar de pensar que estábamos en el aparcamiento: nos podían ver. Después metió su mano por debajo de mi falda y rozaba el interior de los muslos con sus dedos. Me daban escalofríos. Me acarició por encima del tanga. ¡Ya no me importaba que alguien nos viese!

—Espera. —Se apartó de repente. "No, no, sigue", pensé—. No quiero que nuestra primera vez sea así. Es un recuerdo que tendremos para siempre y no quiero que sea en el aparcamiento dentro del coche.

"Umm, me lo como", me dije. Me apeteció más que nunca quitárselo todo allí mismo. Sacó el teléfono del pantalón y estuvo un rato con él. Me quedé mirándolo. Me subió una sensación muy agradable que me inundó el pecho. Amor, creo que lo llaman. Yo creía que me había enamorado un montón de veces, pero no. En ese momento supe que no me había enamorado hasta entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó al notar que la estaba mirando como una boba.

—Nada —susurré, melosa.

—Anda, dímelo —dijo poniendo un puchero de niño pequeño.

—Es muy pronto para decir según qué cosas —le contesté. Me miró, me sonrió y me dio un beso.

—Ponte el cinturón, que nos vamos.

—¿A dónde?

—No lo quieras saber todo siempre.

Por el camino en coche apoyé mi cabeza en su hombro. De cuando en cuando, me daba cuenta de que se giraba ligeramente para mirarme de reojo. ¡Qué sonrisita se le dibujaba en la cara! Entró directamente al parking subterráneo del Hotel Luxury Bossanova. Le miré sorprendida. No tenía ni idea de lo que podría costar pasar una noche allí, pero menos de 250 euros seguro que no. Me miró y me sonrió. ¿Habría llevado a muchas chicas allí? Me daba igual. Yo sabía que teníamos algo especial. No quería ser prepotente, pero sabía que lo que tenía conmigo no lo había tenido con nadie.

—¡Hala! —exclamé con admiración cuando entré a la habitación. Se me abrieron los ojos como platos al mismo tiempo que me llevé las manos a la cara tapándome la nariz y la boca por el asombro. La cama estaba cubierta por un tapiz de pétalos de rosas rojas y, en el medio, dos toallas en forma de patito parecían nadar en aquel estanque de flores. A los pies de la cama se encontraba una bandeja con dos copas y un cuenco con fresas al lado de una cubitera con champán.

—¡Qué pasada! —dijo Jon mirando hacia mí, levantando las cejas y abriendo la boca con asombro.

—¿Tú no habías estado aquí?

—¿Yo? Para que me voy a alojar en un hotel de mi ciudad. Y menos a este precio, claro.

No me importaba que hubiera estado con otras chicas allí, pero me alegró saber que solo se le ocurriera ese gesto para estar conmigo. Me abracé a él y le di un beso fuerte y sonoro.

—He pedido champán. Te gusta, ¿no? —me preguntó después de agarrar la botella de champán de la cubitera.

—¡Sí! —chillé. Estaba feliz—. Me gusta todo. Me gusta la habitación, me gustan las flores, me gusta el champán... —canturreé dando vueltas sobre mí misma sujetando el vestido por el final de la falda y levantándolo al estilo Marilyn Monroe—. ¡Y me encantas tú! —Me tiré en la cama, le

abracé por detrás y le mordí el cuello.

—¡Estás muy loca! —se rio Jon.

Sonó con fuerza el corcho al abrir la botella. El champán empezó a salir. Debía estar más agitada de la cuenta. Como yo. Jon intentó que lo que se vertía de la botella cayese en la copa, pero salió demasiada espuma y se le desparramó buena parte en los pantalones. Yo me carcajeé, claro.

—Te noto un poco húmedo —me burlé.

Se giró y se tiró encima de mí. Comenzó a hacerme cosquillas por la barriga.

—Para, para. —Era incapaz de dejar de reír—. Que me meo, en serio.  
—Me levanté porque tenía la necesidad imperiosa de ir al baño.

En cuanto salí, Jon se levantó con las copas y me ofreció una. Yo busqué el interruptor de la luz. Se podía graduar (me chiflaba ese sitio), así que bajé la intensidad hasta quedar casi a oscuras. Entrelazamos las copas y brindamos mientras nos mirábamos a los ojos.

—Por ti —susurró mientras chocamos las copas—. Eres maravillosa.

—Por ti —contesté yo—. Haces que me sienta la persona más importante del mundo.

Nos quedamos de pie, mirándonos. Nos acercamos hasta que las bocas estuvieron tan cerca que no pude distinguir qué respiración era de quién. Nuestros labios se juntaron y sentí su lengua tocando la mía. Sin dejar de besarnos, caminamos hacia atrás en dirección a la cama hasta tropezar con la mesita. Posamos las copas. Me tomó por la cintura y me arrojó a la cama. Quedé tumbada frente a él, con las piernas sobresaliendo de la cama. Me levantó la falda y empezó subir las manos por mis muslos sin dejar de mirarme, desafiante. Me mordí el labio mientras un cosquilleo me recorrió desde los muslos a la entrepierna. Agarró el tanga y me lo fue quitando lentamente, sin apartar la vista de mis ojos. Lo soltó en el suelo y metió la cabeza debajo de mi falda.

—Mmm —musité. Sentí un cosquilleo por todo mi interior que me erizó el vello como si me estuvieran clavando alfileres.

No podía dejar de mover las piernas involuntariamente. Le sujeté la cabeza para marcarle el ritmo. ¡Y para que no parara! Solo quería que siguiera. Me sentía en una nube. Agarré con fuerza las sábanas mientras me mordía la otra mano. Estaba disfrutando tanto que no me importaba ser egoísta. Deseaba que llegara hasta el final. Pero también quería que

se pusiera encima de mí. Lo quería todo.

Le levanté la cabeza, me quité el vestido sin levantarme y abrí la cama. Jon se quitó la camiseta. ¡Estaba tremendo! Intenté ver cómo se quitaba los pantalones, pero lo hizo tan rápido que antes de darme cuenta lo tenía encima de mí. Sonrió y empezó a contornearse dentro de mí con movimientos circulares, despacio, muy suave. Estaba encima de mí, con las palmas apoyadas en el colchón y los brazos estirados. Era la postura perfecta porque le podía acariciar el torso y contemplarlo mientras él seguía moviéndose suavemente. Acercaba los labios para besarme y volvía a su posición, sin parar un instante.

Me besaba todo el cuerpo. Pasaba su lengua por mi cuello y bajaba hasta los pechos, donde se detenía a jugar con mis pezones. Empujó con fuerza y emití un chillido. Con Ramón disfrutaba, pero aquello era otra cosa. Solo podía retorcerme de placer, dejarme llevar y cerrar los ojos. En cuanto los cerré, me vino a la mente tu sonrisa, tu estúpida sonrisa cautivadora, esa sonrisa gamberra que tenías cuando estabas en la barra, te giraste y clavaste tu mirada en mí.

Me solté las manos que Jon me sujetaba y le agarré con fuerza las nalgas para que se moviera más rápido, con más fuerza. Jadeaba cada vez más. Del jadeo pasé a gemir escandalosamente. Estrujé las nalgas de Jon. Él empujaba cada vez más fuerte. Yo me retorcí. Me retorció y gemía. Solo podía ver tu mirada y tu estúpida sonrisa. No quería correrme. No contigo en mi cabeza. Jon empujaba. Me entraron escalofríos. Sabía que me iba a correr. Solo veía tu mirada. Solo te veía a ti. Estallé. Di gritos de placer. Agarré la almohada y la mordí, pero aun así me debió oír todo el hotel. Jon empezó a gemir tímidamente. Yo solo veía tu rostro. Tu sonrisa. Tu mirada. Sentí que el placer agarrotaba todo mi cuerpo y grité. ¡Qué placer! Creía que sabía lo que era un orgasmo, pero no, no tenía ni puta idea. No hasta aquel momento.

—Te quiero —dijo Jon mirándome a los ojos. No pude contestar.

## Capítulo 3

### El hospital

\*\*\*\*\*

Todas las lágrimas que no había derramado se convirtieron en odio que expulsé por los ojos en aquella mirada

\*\*\*\*\*

El resto de la noche fue genial. Cuando no estábamos haciendo el amor, nos dedicábamos a charlar, bromear y conocernos en profundidad. Apenas dormimos. Había puesto la alarma para las 10:00, pero me desperté sobre las 9:00. Tenía que acompañar a mi madre al hospital para consulta con el ginecólogo y estaba pendiente de la hora. Cuando abrí los ojos, vi a Jon y le acaricié la mejilla suavemente, aunque lo suficiente para que se despertara. Me miró y sonrió.

—Te quiero —dije con intensidad.

—Te quiero —contestó tras sonreír aún más—. Pensé que ayer me ibas a dar las gracias.

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Cuando te dije: "te quiero", después de hacer el amor, te quedaste callada. Creí que ibas a decir: "gracias".

—¡Ah, qué tonto! —intenté bromear.

No habíamos hablado de ello, así que esperaba que hubiera pasado desapercibido. No me atreví a poner ninguna excusa.

—En serio —continué tras unos segundos de silencio—, te quiero con toda mi alma. Suena fuerte. Sé que llevamos poco tiempo, pero es lo que siento.

—Te quiero como nunca había querido a nadie —respondió.

Estuvimos un rato abrazados, en silencio, hasta que miré la hora en el móvil.

—Voy a ducharme —dije mientras me incorporé.

—Podemos estar hasta las doce en la habitación.

—Lo siento. Tengo que acompañar a mi madre al médico.

—¡Vaya! ¿Está bien?

—Sí —grité desde el baño—. Es una revisión, pero siempre se pone nerviosa cuando va al ginecólogo.

Volví a la habitación después de ducharme con el albornoz puesto y una toalla en la cabeza. Me quedé con la boca abierta: en el centro de la habitación vi un carrito sobre el que había una jarra con café, otra con leche, croissant, huevos revueltos, jamón... De todo.

—No vamos a ir con el estómago vacío —dijo Jon.

—¡No me hagas quitarme el albornoz! —bromeé poniéndome en su regazo, con las piernas abiertas. Lo había dicho en broma, pero me apetecía quitarme el albornoz. Me besó. Solo llevaba los calzoncillos y yo estaba desnuda, así que pude notar cómo se excitaba. Comencé a moverme y a frotarme contra él. Le bajé los calzoncillos lo suficiente. ¡Cómo disfrutaba con Jon! Ya me había olvidado de la culpabilidad que sentí la primera vez por no sacarte de mi cabeza. Cada vez que hacía el amor con Jon, cada vez disfrutaba más. ¡Me volvía loca!

Cuando terminamos, nos echamos abrazados. Me atravesaba el alma con el verde intenso de sus ojos. Le amaba. Lo tenía claro. Si una amiga me contase como suya la historia que yo estaba viviendo, le hubiera dicho que no se flipara, que llevaban poco tiempo; pero sentía que conocía a Jon de toda la vida. Le abracé con fuerza. Después miré el móvil para ver la hora.

—¡Uy, es tarde! —me sobresalté. Me puse en pie. Jon dio un salto y salió de la cama. Se puso el calzoncillo y el pantalón.

—Vamos. Yo ya me ducho en casa —dijo mientras comenzaba a vestirse.

Me vestí y, antes de marchar, comí un croissant a todo tragar a la vez que guardaba otro en el bolso.

—Para el camino —dije. Jon se rio—. Tanto ejercicio da hambre.

—Tienes razón —contestó Jon a la vez que arrancaba un trozo de pan de la baguette y metía en él varias rajitas de bacon.

Me llevó a casa. En el jardín solo estaba aparcado el coche de mi madre, así que supuse que mi padre no había podido escaparse del trabajo para acompañarla.

—Después hablamos —me despedí de Jon antes de bajar del coche—. Descansa, que estarás agotado.

—Sí, voy a dormir mínimo hasta las tres.

—Te creo, dormilón. Llámame en cuanto despiertes.

—¡Sara! —me llamó cuando ya estaba saliendo.

Me giré y él me pidió con el dedo que me aproximara a él. En cuanto me tuvo al alcance de sus manos, me acercó a él agarrándome del cuello y me dio un beso metiéndome la lengua hasta la garganta.

—¡No me obligues a entrar al coche otra vez! —Jon soltó una carcajada.

—¡Te quiero! —gritó.

—Te quiero .

Salí y le lancé un beso por la ventanilla. Me quedé fuera de la casa contemplando cómo se alejaba, embobada, todavía en una nube después de aquella noche mágica.

—Menos mal que has llegado —oí detrás de mí.

—Ay, lo siento mamá.

—¡Vaya horas de venir!

—Ya casi estoy de vacaciones, mami.

—¿Nos vamos? —dijo mientras se subía al monovolumen.

—¿Me da tiempo a cambiarme? —pregunté agarrándome la falda.

—Vale —contestó mirando el reloj—, pero tiene que ser rápido. Ya vamos con el tiempo justo. ¿Cómo llegas tan tarde?

Recorrí el jardín rápidamente, tan rápido que casi piso las azaleas que con tanto mimo cuidaba mi padre. Subí a la primera planta del chalet donde se ubicaban las habitaciones, me puse unos vaqueros azules y una sudadera gris para estar cómoda, y bajé todo lo deprisa que pude.

—Ay, qué prisas —dije sofocada cuando subí al coche.

—Ya. Si hubieras venido a una hora prudente...

—¡Ay, mami! —exclamé nerviosa y alegre, sin atender al reproche de mi madre—. ¡Qué feliz soy!

—¿Con Jon?

—¡Sí! ¡Es un hombre espectacular! Hemos estado en el Bossanova.

—No sé si quiero saberlo. —Arrugó la frente, aunque sabía que se moría de ganas por conocerlo todo. Bueno, casi todo.

—Tenía champán preparado, toda la cama cubierta de pétalos... ¡Una pasada!

—¡Vaya bien, hija! Me alegro de que seas feliz.

—Estoy enamorada, mamá. ¿Te acuerdas de cuando te decía que quería a Ramón?

—Sí. Estabas loquita por él.

—Era mentira. Comparado con lo que siento ahora, aquello era algo... no sé cómo explicarlo... Ay, perdona, ¿tú qué tal? No te he preguntado nada.

—Ya, con ese grado de excitación que llevas, normal que no te acuerdes de preguntar. La verdad es que estoy algo nerviosa —dijo cambiando el tono y poniéndose seria—. Me preocupa lo que puedan encontrar.

—Bueno, qué van a encontrar.

—No sé, últimamente me encuentro muy cansada.

—Ah, si es por eso, papá estará terminal; si no echa la siesta, no se puede ni hablar con él.

Bromeé y mi madre se rio, pero quedé preocupada. Si mamá reconocía que estaba cansada, probablemente llevara tiempo sintiéndose exhausta. Cuando llegamos al hospital, mi madre continuaba estando seria. Nos sentamos a esperar a que nuestro turno saliera en pantalla, aunque aún

faltaban más de diez minutos para la hora de la cita.

—No quiero pensar en la revisión. Cuéntame algo de Jon. ¿Es guapo?

—¿Que si es guapo? ¡Está tremendo! —exclamé, tras lo que me dio un manotazo en el brazo—. Ay, perdona —puse una voz extremadamente cursi—. Sí, mami, es un buen chico con unas facciones exquisitas.

—¡Qué tonta eres! —dijo riéndose.

—Es alto, rubio, con el pelo corto y tiene unos ojos verdes... Mmm. —Puse la mirada en blanco y arqueé la frente—. Y tiene unos brazos marcados con un tatuaje de un brazalete que me chifla. ¡Y un culo! —grité más alto de lo que pretendía, mientras con la mano izquierda hacía el gesto de apretar una nalga.

—¡Sara! —me riñó, dándome otro manotazo.

Yo me volteé para observar a mi alrededor y comprobé que la gente nos miraba. Bueno, me miraba. No pude evitar reírme. A mamá se le notaba la sonrisilla que ponía cuando Fran o yo hacíamos alguna trastada y sabía que no se podía reír para no dar mal ejemplo, pero era incapaz de evitar que le hiciera gracia.

—¡Bueno, si tiene buen culo que quieres que haga!

—No hay quien pueda contigo —dijo mientras se llevaba la mano a la cara para tapársela.

—Y lo que es más importante: es un amor. Siempre digo que, en una relación, yo necesito hacer que la otra persona se sienta especial. Si estoy con alguien es porque siento que es la persona más especial del mundo. Pero necesito que me hagan sentir tan especial como yo intento hacer sentir a la otra persona. Para mí eso es tan crucial como el amor. No sé si me explico.

—No muy bien —ironizó—, pero te entiendo.

—¡Qué graciosa! —respondí poniendo una mueca—. Fue el problema con Ramón, que él nunca se preocupó por hacerme sentir bien. Jon siempre tiene una sonrisa para mí, una buena palabra... y aunque a veces yo meta la pata... —Mi madre arrugó la frente—. Insisto, sé que no podrás creerme, pero alguna vez me equivoco; y Jon nunca me juzga ni me hace sentir mal por eso.

—Tengo ganas de conocerlo. A ver cuando lo traes a comer a casa.

—¿Quieres que huya? Llevamos solo dos semanas, mamá.

—Ya veo, ya.

—¿Qué? —No entendía lo que pretendía decir mi madre.

—Pues que tal como te brillan los ojos cuando hablas de él, creo que no importa que llevéis solo dos semanas.

—Pero tú con papá estuviste mucho tiempo, ¿no?

—Sí, de novios estuvimos mucho, aunque me sirvieron los dos primeros días para saber que le amaba. ¡Y mira que lo detestaba!

—¿Qué dices? ¿No te caía bien papá?

—Para nada. Me resultaba insufrible. Ya sabes que puede ser muy bruto cuando se expresa. Y chulo. Era muy chulo.

—¿En serio? —me carcajeé—. ¡No me lo imagino!

—Pues sí, pero ya ves.

—Yo no me veo enamorándome de una persona a la que no soporto.

—Ja —soltó una risotada sarcástica.

—No sé. Soy muy cabezota como para cambiar tanto de opinión.

—Eso me repetí yo cien veces durante aquel fin de semana.

—De todas formas, no es el caso, porque yo adoro a Jon.

—Vale. Pero dime, ¿cuándo lo invitamos a comer?

—Ay, mamá, es muy precipitado.

Estuvimos un rato en silencio. Ya pasaban quince minutos de la hora de la cita, así que llevábamos allí veinticinco minutos. En cuanto dejamos de hablar, noté a mi madre nerviosa, así que intenté animarla.

—¿Sabes qué? Se me ha ocurrido algo.

—Sorpréndeme

Me miró con los ojos abiertos arrugando la frente con asombro.

—Podemos organizar una barbacoa en casa antes de irnos a Estados Unidos, así en plan despedida. Así viene Jon, pero podemos invitar a más amigos. No sé, es más natural. ¿Qué te parece? —pregunté ilusionada.

—¡Ah, sí, genial! Siempre se te ocurre algo —dijo acariciándome la mejilla—. Además, hace tiempo que no veo a los de tu pandilla. ¿Qué tal Silvia? Me habías comentado que estaba con un chico.

—Ag, sí; no me hables.

—¿Les va mal?

—No, no. Ellos, genial. Nunca he visto a Silvia tan feliz. —Mi madre me miraba extrañada.— Pero él es insufrible. Es soberbio y prepotente. A ella la trata genial, las cosas como son.

—No entiendo nada —arrugó la boca.

—A mí me parece insufrible, ¿vale? —Me estaba liando yo sola dando explicaciones.

—Pues yo me alegro. Con la vida tan dura que le ha tocado...

Sonó el aviso en la pantalla y apareció nuestro turno parpadeando. Nos levantamos y fuimos por el pasillo hasta la consulta 36. Me sorprendió ver a un señor tan mayor. Debería estar jubilado. Estiró el brazo señalando las sillas frente a la mesa para que nos sentáramos.

—Buenos días —saludamos.

—Sí, sí —repuso sin hacernos mucho caso—; siéntense, por favor. A ver, venían a por los resultados de una revisión, ¿verdad?

—Sí —contestó mi madre.

—Vamos a ver —dijo levantando las gafas y mirando la pantalla del ordenador—. En la exploración estaba todo bien. A ver la analítica... vale, vale.

—Vale, vale, ¿qué? —susurré mirando a mi madre, quien me mandó callar con el dedo. El médico ni se enteró.

—Uy, aquí hay algo raro. —Mi madre trató de incorporarse para alcanzar a ver lo que señalaba el doctor, quien giró la pantalla—. Mire, aquí en la ecografía no se ve claro, porque su tejido es muy fibroso, pero en la mamografía se ve algo raro. Hay que hacer biopsia para confirmarlo.

—¿Para confirmar qué? —pregunté asustada. Mi madre estaba pálida.

—Hay que confirmar si hay una presencia de un nódulo. Parece pequeño. Quítese la blusa y póngase en la camilla.

—Pero ¿qué está diciendo? —pregunté perpleja.

—Después habrá que realizar más pruebas para averiguar si las células cancerosas se han diseminado dentro de la mama o a otras partes del cuerpo.

—¿Células cancerosas? —Casi entro en pánico. Mi madre, en cambio, permanecía quieta, callada, pálida.— ¿Tiene cáncer? —pregunté al tiempo que me levanté para ayudar a mi madre a quitarse la blusa.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Voy a extraerle unas muestras de la zona mamaria, donde parece estar ubicado el nódulo, y tendremos que esperar.

Mi madre se desvaneció allí mismo. Si no llego a estar ayudándola con la blusa, se hubiera caído al suelo. ¿Qué estaba pasando? Como pude, la recosté en la camilla. Todo sucedía muy rápido. Me parecía que no estábamos allí, que aún estábamos en la sala de espera. En cualquier momento, oiría el pitido de nuestro turno. ¿Ecografías? ¿Biopsias? ¿Células cancerígenas? No, no. Aquello era una imaginación mía que se tenía que desvanecer enseguida.

—Siéntese, por favor—ordenó el médico sin ningún miramiento mientras mi madre fue recobrando la consciencia.

—Espere un poco, ¿no? —grité —. Da una noticia así y ¿no es capaz de...?  
—No pude terminar la frase.

Me estaba alterando. Mi madre me tomó del brazo para indicarme que no siguiera. En ese momento, me di cuenta de que la protagonista allí no era yo. A mi madre le acababan de decir que tenía cáncer. O eso creía. Todo era muy raro. Aún no sabíamos realmente qué significaba del todo ni cómo afectaría a nuestras vidas, pero era mi madre quien lo tenía. Necesitaba mi apoyo. No podía hundirme; tenía que ser fuerte por ella.

—Voy a tomar las muestras —explicó.

Yo me quedé al lado de mi madre. La miré y sonreí. No podía decirle que no era nada, que no se preocupara. No lo sabía. No podía mentir tan descaradamente. Simplemente, le apreté la mano y le di un beso en la mejilla.

—Tiene que esperar allí, señorita —me dijo, señalando a las sillas.

Me levanté y le di un beso a mi madre. El doctor corrió una cortina blanca. Se me hizo eterno. ¿Tendrá que hacer quimio? ¿Quedaría sin pelo? Me estaban entrando unas ganas de llorar tremendas. Seguro que mamá lo pasaba mal con eso. Se puede comprar una peluca. ¿O se verán muy artificiales y ridículas? ¡Y el pecho! Es posible que le tengan que extirpar el pecho. Sentí unas punzadas en el estómago. Me apreté la barriga con las manos todo lo fuerte que pude, pero el dolor era horrible.

Sin embargo, me di cuenta de que todo eso podría llegar a ser lo de menos comparado con... no lo quería ni pensar. ¿Podría morir mi madre? No, no. Imposible. Se me empañaron los ojos de lágrimas, pero no, no podía permitirme llorar. Tenía que mantenerme fuerte. Si mi madre necesitaba llorar, me tenía que encontrar allí, a su disposición, y consolarla como ella siempre había hecho con nosotros.

Debía avisar a papá. Necesitábamos que viniera y que estuviera con nosotras, así que saqué el móvil de mi bolso.

**Yo**

¿Puedes venir a buscarnos?

11:42

Porfa, es importante.

11:42

Los mensajes se marcaron como enviados, pero no los leía. Necesitaba hablar con él y no quería llamarlo para que mi madre no se enterara. Me impacienté.

**Yo**

Porfa.

11:43

Ven.

11:43

Te necesitamos.

11:44

Contesta.

11:44

Porfa.

11:44

Escribí muchos mensajes cortos para que le sonara más veces y contestara. Funcionó porque en la pantalla ya lo vi En línea, y, al instante, Escribiendo.

**Papi**

¿Qué pasa, hija?

11:45

Estoy reunido.

11:45

¿Sucede algo?

11:45

**Yo**

No, papá.

11:45

Es el coche.

11:45

Mentí. ¡Cómo iba a decirle algo así por el móvil! Sentí una lágrima resbalándome por la mejilla.

**Yo**

Está estropeado.

11:45

Ya no me aguantaba, aunque tenía que mantenerme firme. Me imaginaba contándoselo a papá y no iba a poder evitar el llanto.

**Papi**

Pero ¿qué le pasa?

11:46

¿No arranca?

11:46

Yo

No sé

11:46

Me quité las lágrimas de los ojos y me tragué el llanto. Apenas podía respirar. No se me ocurría ninguna mentira sobre el coche.

**Papi**

Qué rara estás.

11:46

¡No es el puto coche, papa! Ven y punto. No sabía qué decir ya. Una palabra más y te juro que estallaba allí mismo a voces.

**Papi**

En diez minutos estoy allí.

11:47

Guardé el móvil. Mi madre ya estaba poniéndose la blusa. Me levanté, fui hasta la camilla y la ayudé.

—¿Estás bien?

Asintió, pero seguía pálida. El médico se puso delante del ordenador a teclear, bajando las gafas de vez en cuando. Ayudé a mi madre a levantarse de la camilla. Al apoyar los pies en el suelo, me dio la sensación de que se iba a desvanecer de nuevo, así que la sujeté todo lo fuerte que pude. Ver así a mi madre me destrozaba el alma. ¡Mi madre! ¡La que siempre tiró por todos! No podía derrumbarme. No allí. No en ese

momento. Mamá necesitaba que esta vez fuera yo la fuerte, por tantas veces que lo había sido ella por nosotros.

—Bueno —dijo el médico mientras imprimía el informe—, en una semana, dos como mucho, tendremos los resultados y podremos evaluar la situación. Con el diagnóstico definitivo, veremos qué tipo de intervención es la adecuada y si es pertinente realizar quimioterapia previamente o en el tratamiento postoperatorio.

—¿Intervención? ¿Quimio? —pregunté sorprendida. Aún tenía esperanza de que las pruebas descartaran que hubiera nada grave—. Entonces... ¿Es definitivo? ¿Tiene cáncer?

Mi madre estalló. Salió del ensimismamiento en el que estaba y rompió a llorar.

—Evaluaremos la situación cuando tengamos los resultados. Sobre todo, hay que conocer el estadio del cáncer. Es probable que aún no se haya extendido, con lo cual es posible que lo hayamos detectado a tiempo para que el procedimiento no sea muy invasivo.

Intentaba escuchar al médico y a la vez tranquilizar a mi madre. Saqué unos pañuelos de papel de mi bolso y se los di. Le apreté con fuerza la mano y la miré. Intentó sonreír, pero de inmediato volvieron las lágrimas a sus ojos mientras negaba con la cabeza. Yo tampoco me creía lo que estaba pasando.

—En la mayoría de los casos, la detección temprana, como así ha sido, es fundamental y nos da garantías de un procedimiento exitoso.

—Tranquila, mamá —le susurré con todo el aplomo que pude—. Vamos a pasar por esto todos juntos.

Nos dio el informe y se levantó. Le di la mano a mi madre para ayudarla a incorporarse y la abracé. Ella se agarró a mí con todas sus fuerzas y rompió a llorar, desolada. Aquel abrazo me quebró el alma. Era el abrazo de una mujer abatida. Estalló. La abracé con toda mi fuerza. Tenía que mostrarme firme y apoyarla. Mamá no podía parar de llorar. Era el estallido de una mujer que nunca se había permitido mostrar sus debilidades por no preocupar a nadie; que enterraba su dolor en lo más hondo de sí para cargar con los disgustos de los demás; que se tragaba sus preocupaciones y cargaba con las de todos.

Salimos de la consulta. El doctor nos despidió con un ligero levantamiento de cejas. Caminamos por el pasillo. Al fondo ya vi a mi padre que estaba de pie en la sala de espera. Lo miré. Él no nos había visto aún. No sabía si iba a aguantar. Tenía pensado decírselo en el coche, más tranquilos, pero ¡qué iba a contarle en ese momento! Mi madre estaba desolada. Y yo... yo

quería hundirme también.

Mi madre vio a mi padre. Se tuvo que detener y se llevó las manos a la cara. Lloraba, respirando a espasmos. Notaba cómo estaba casi asfixiada y le costaba tomar aire. Mi padre nos vio y vino corriendo hacia nosotras.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras se lanzaba a abrazar a mamá.

—Tenemos que contarte algo —dije.

—Me estáis asustando.

—Los resultados... —intenté explicar. Mamá gritó desconsolada—. No han sido buenos. Hice lo que pude por contenerme, pero notaba la asfixia en el pecho de aguantarme las ganas de llorar.

—¿Tienes algo? —preguntó a mamá—. Dime, Sara, ¿qué pasa? ¿Qué tiene?

—Oigan, por favor —nos riñó una doctora que salió de una consulta que teníamos enfrente—. Aquí no se puede estar. Vayan a la sala de espera.

Se me heló la sangre. Me giré y la miré. Todas las lágrimas que no había derramado se convirtieron en odio que expulsé por los ojos en aquella mirada. La doctora notó la gravedad de la situación.

—¿Estáis bien? —se interesó cambiando el tono. Se acercó a mi madre y le pasó la mano por el hombro—. Venid, aquí estaréis más tranquilos.

Nos señaló hacia su consulta. Ella entró primero, arrimó la puerta y se despidió del paciente al que estaba atendiendo. A continuación, la abrió y nos invitó a pasar. Le ofreció un tranquilizante a mi madre, quien negó con la cabeza.

—Voy a tomar un café. En diez o quince minutos vuelvo. Aquí estaréis más tranquilos.

Salió y cerró la puerta. Mi madre y yo nos sentamos en las dos sillas frente a la mesa, así que mi padre quedó de pie, aunque se agachó y apoyó sus brazos en las piernas de mi madre.

—¿Qué pasa? —dijo con ternura y preocupación. Mi madre llevó el pañuelo a los ojos y ladeó la cabeza para indicar que le contara yo.

—En la mamografía han encontrado un nódulo.

No sabía por dónde empezar. Entre lo parco que había sido el médico y el aturdimiento del momento, muchas cosas no las tenía claras. Mi padre

arrugó la frente.

—Sí —dije casi llorando—, es lo que parece.

—Pero...

Mi padre no terminaba de entender. Ni siquiera nosotras habíamos procesado la información todavía.

—Le han tomado muestras para hacer una biopsia y confirmarlo, pero, por cómo hablaba el médico, era más por comprobar en qué estadio estaba el... —me daba miedo decirlo—; bueno, eso, es más para ver si se ha extendido.

—¿Qué dices? No, no —se puso en pie—. Eso no puede ser. Tú no te encontrabas mal, ¿no? —mi madre ladeó la cabeza y encogió ligeramente los hombros—. ¿Has notado algo raro?

—¡Qué va a notar! —repliqué—. No son granos que pican.

—Mañana vamos al Hospital Nuestra Señora del Carmen y que hagan las pruebas allí.

—Papá —dije muy seria. Me levanté. Mi padre estaba muy alterado—. ¡Papá! —Le agarré del brazo y le zarandeeé para que se detuviera un momento y me mirara. Lo abracé con fuerza y le susurré: —mamá nos necesita.

No hizo falta más. Mi padre es muy gruñón a veces y algo carca en su manera de ver la vida. Si no fuera mi padre, diría que es un machista de mierda, pero, como es mi padre, solo lo pienso mientras al resto les digo que es una persona que ha recibido una recia educación tradicional. Sin embargo, era muy razonable para según qué cosas, y entendió cuál tenía que ser nuestro papel sin necesidad de explicar más.

—Amor —dijo tras agacharse de nuevo y mirando a los ojos a mi madre—, vamos a superar esto todos juntos —le dio un beso en la mejilla con fuerza y la abrazó.

—Es que no lo entiendo —mi madre explotó con el abrazo de mi padre—. Es que no me lo creo... ¿Tengo cáncer? ¿En serio?

—Podrás con esto, ya lo verás —intentó animar papá.

—¡Estoy harta de poder con cosas! ¡No quiero poder con cosas! Quiero vivir tranquila, no cargar con pesos.

—Eres muy fuerte. Siempre lo has sido —continuó papá.

—¡No! —gritó—. No soy fuerte. Estoy cansada de fingir que soy fuerte para que los demás no se preocupen por mí. Estoy cansada de cargar con los problemas de todos, de cuidar de todos. Y ahora, ¿qué? ¿Al ser fuerte ya se da por hecho que lo voy a combatir?

—Nosotros cuidaremos de ti, mamá.

Mi madre se dejó caer y lloró poniendo la cara en la camilla para esconderse del mundo. Yo no podía verla así. Me derrumbaba. Mi padre se acercó a ella y se puso en cuclillas y le acarició el pelo. Yo quería estar con mi madre, pero necesitaba llorar, dejarme llevar por la histeria y desahogarme hasta que no tuviera lágrimas dentro.

—Vamos para casa —ordenó mi padre con dulzura—. Allí estaremos tranquilos para hablar, llorar y lo que necesitemos.

Mi madre se incorporó y se secó las lágrimas cuanto pudo. Nos levantamos conscientes de que la doctora tenía que pasar consulta. En el tramo de pasillo que nos quedaba por andar, no podía pensar más que en lo injusto que era todo aquello. La rabia me inundó. Como volviera a oír eso de "todo pasa por algo" o "la vida acaba poniendo a cada cual en su lugar", no respondía de mis actos.

—Papá —le llamé cuando llegamos a la sala de espera—. Yo tengo que llevar el coche de mamá.

—Ya. No le pasaba nada, claro. —Negué con la cabeza.

—Lleva tú a mamá, por favor.

Vi la oportunidad de estar sola un rato. Lo único que quería era correr. Correr y gritar.

—Voy a la cafetería; aún no he desayunado y me flaquea todo —mentí mientras se me empañaban los ojos.

—Claro, hija.

—Mamá, te veo en casa.

Se giró y nos abrazamos. Volví a sentir que se hundía. Y me necesitaba fuerte. "No llores, Sara. ¡No llores!", me reñí. "Aguanta un poco más".

La salida quedaba a la derecha, mientras que a la izquierda se encontraba la cafetería, que tenía su propia puerta al exterior. Esperé de pie, observando cómo avanzaban despacio, abrazados. Cuando iban a girar

hacia la salida y ya los iba a perder de vista, mi padre me miró y contrajo los labios como despedida. En cuanto giraron, noté que todo el llanto contenido venía a mí como una avalancha. Me volví hacia la cafetería y corrí.

No iba a parar a tomar nada, claro. Corrí hasta la entrada, donde había un mostrador con bandejas para el autoservicio. Tropecé con un señor al entrar, pero no me detuve. Necesitaba salir de allí. Tenía que cruzar toda la cafetería para salir por el otro extremo. Cuando ya estaba a pocos metros de la puerta, vi a alguien que se levantaba de una mesa y me miraba. No, por favor. No tenía ganas de saludar a nadie. Quería estar sola.

—Sara —me llamaste. Todavía no me había dado cuenta de que eras tú—. ¡Sara! —gritaste para reclamar mi atención.

Giré ligeramente la cabeza y te vi. Nos cruzamos un instante las miradas, un segundo, lo suficiente para vernos. Pero yo tenía que salir de allí. No podía desmoronarme en medio de la cafetería. Mucho menos, contigo. Eras la última persona con la que me plantearía pasar un trago así. Me habías visto mirarte, pero no me importó. Corrí, salí de la cafetería y seguí corriendo. Llegué al aparcamiento, entré en la parte de atrás del coche y me dejé caer boca abajo en el asiento. Por fin era libre para estallar. Lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Grité hasta que me quedé sin voz.